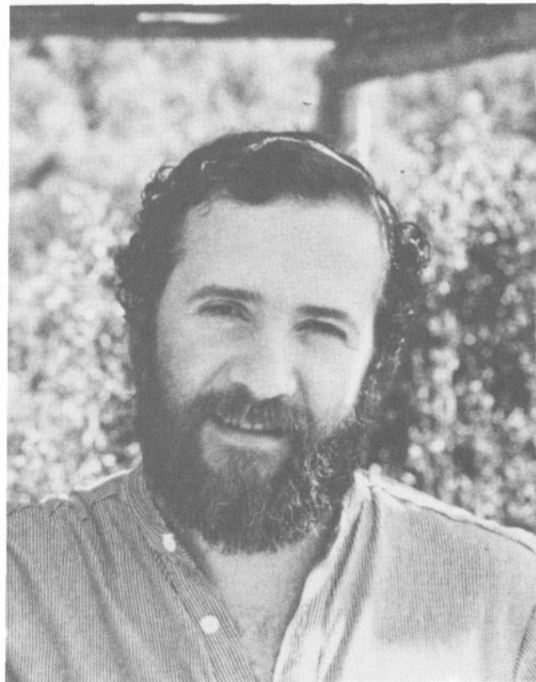


216244

MIGUEL ORTEGA
RIQUELME



Nacido 1944
Ordenado 1969
Rector del Seminario Pontificio Menor

Mis planes siempre habían sido el matrimonio. La idea de ser sacerdote me los deshacía. Quería también estudiar periodismo o sociología... Durante mi último año de colegio, en el Notre Dame de Santiago, me preocupaba mucho qué camino tomar. Lo pensé. Lo recé. Le di vueltas muchas veces. Hasta que pedí hablar con don Manuel Larrain, a quien quería y admiraba mucho. El intuía la razón de mi visita. "Yo creo que tú tienes vocación" me dijo. Esas palabras inclinaron mi balanza de modo definitivo.

La revista Católica, M.º E. Extraordinario [1984]



“Porque no queremos, hermanos, que ignoren las dificultades que pasé en Asia. Me vi oprimido tan por encima de mis fuerzas, que perdí toda esperanza de vivir. Sí, en mi interior di por descontada la sentencia de muerte; así aprendí a no confiar en mí mismo, sino en Dios, que resucita a los muertos”.

(2 Cor. 1, 8-9)

Mi sacerdocio tiene una explicación muy simple: el Señor Jesús. Creo verdaderamente que no puedo dar otras razones más originales. Me imagino que para todo sacerdote es lo mismo. Y encuentro muy hermoso que sea así.

Al Señor lo conocí desde muy niño. A mi madre le escuché su nombre por primera vez. Con mal pronunciadas palabras a El aprendí a hablar cada noche en la oración. Y en El tuve siempre mucha confianza.

A los ocho años caí enfermo. El “reumatismo cardíaco” era considerado peligroso. Debía permanecer largos meses de reposo y los médicos aseguraban que yo no pasaría los quince años. En ese tiempo hablé mucho con el Señor. A El le ofrecí mi vida. Le prometí servirlo en donde fuera. Me entusiasmaba mucho leer, en especial los libros de una colección misionera “De lejanas tierras”. Me impresionaban las historias de evangelización en América, Asia o Africa. Y me emocionaba el heroísmo y la entrega de los sacerdotes que daban valientemente su vida por el Evangelio.

A los quince años en realidad mi salud estuvo muy mal. Diagnóstico grave. Alta fiebre. Reposo absoluto. Todos los días un padre salesiano me llevaba la comunión a mi casa. Eso me ayudaba mucho porque le fui dando sentido a cada cosa durante el día. Desde entonces todos los días, al salir del Liceo Blanco Encalada, pasaba a la Misa del mediodía que se celebraba en la Catedral de Talca.

Un hecho muy sencillo hizo dar un paso muy importante a mi fe. Uno de mis hermanos me invitó un día a una reunión en la Casa de la Acción Católica. Había allí un grupo de jóvenes que comentaban un texto del Evangelio. Este hecho me impresionó. Me llamó la atención ver a otros jóvenes entusiasmados por Je-

sucristo. Me alegró ver una pequeña comunidad donde se hacía oración, se jugaba y se compartía. Y sobre todo me alegró haber tomado contacto por primera vez con el Nuevo Testamento. Desde entonces lo empecé a leer con avidez. De las páginas del Evangelio fue surgiendo para mí la fascinante figura de Jesucristo. Lo vi valiente para enfrentar al fariseo. Lo vi misericordioso para sanar al paralítico. Cariñoso para defender a una mujer rodeada de acusadores. Libre para caminar y para romper esquemas de su tiempo. Amante de su Padre. Predicador infatigable del Reino. Amigo. Confidente. Atento y delicado.

En el Evangelio aprendí a conocer y a sentirme interpretado por esos Doce hombres que anduvieron con El. Me sentí Pedro haciendo declaraciones de fidelidad y jurando después no conocerlo. Me sentí Juan, amado por El y reposando yo mi cabeza sobre su pecho. Me sentí Santiago buscando los primeros lugares y los privilegios. Me sentí Felipe por haber estado mucho tiempo con El y saber que aún no lo conozco. Me sentí Tomás queriendo colocar el dedo sobre sus llagas para poder creer. Me sentí Andrés, dispuesto a dejar todas las cosas para seguirlo a El. Me sentí Judas vendiendo por dinero al Maestro y no creyendo en su perdón.

La lectura diaria del Evangelio se me hizo indispensable. Ahí comprendí que el Señor está vivo y que continúa pronunciando hoy su Palabra con mil lenguajes diferentes.

Continué mi participación en la Juventud Estudiantil Católica. Los días sábados en la tarde hacía catecismo en un sector muy marginal de la ciudad y entregábamos la ayuda que se recolectaba para los pobres. Hubo un verano (1959) en que don Bernardino Piñera, Obispo Auxiliar de Talca en ese tiempo, organizó la “Misión de Maule”.

Un grupo de jóvenes le ayudamos durante el año y fuimos como misioneros al norte de Constitución: Guillermo y Huenchullamí. Allí visitamos todas las casas y fuimos acogidos de un modo admirable. Eran humildes campesinos de la Cordillera de la Costa, pero con una sabiduría impresionante. Yo estuve a cargo de la catequesis de los niños en las tardes. Y en las noches nos reuníamos con la gente del lugar a celebrar la Misa. Había mucha actividad desde la mañana hasta la noche. Conversábamos largamente sobre la realidad de los pobres, sus problemas y sus soluciones. Allí pensé un día: "¡Qué bueno sería dedicarme a esto toda la vida!". Pero la conclusión me puso nervioso y preocupado: "Esto es ser cura", pensé. Y, asustado, archivé por un tiempo esa aspiración.

Mis planes siempre habían sido el matrimonio. La idea de ser sacerdote me los deshacía. Quería también estudiar periodismo o sociología... Durante mi último año de colegio, en el Notre Dame de Santiago, me preocupaba mucho saber qué camino tomar. Lo pensé. Lo recé. Le di vueltas muchas veces. Hasta que pedí hablar con don Manuel Larrain, a quien quería y admiraba mucho. El intuía la razón de mi visita. "Yo creo que tú tienes vocación", me di-

jo. Esas palabras inclinaron mi balanza de modo definitivo. No fue necesario seguir pensándolo. Me decidí. Y a pesar de la perplejidad y oposición de mi padre, entré al Seminario de Santiago.

Lo decía hace un momento al iniciar mi respuesta: soy sacerdote por el Señor Jesús. Me sedujo su persona y su misterio. A El descubrí en los pobres. A El he querido seguir paso a paso. El no me condena por mi debilidad. A otros quiero anunciar lo que yo mismo he experimentado. He recibido el regalo inmenso de verlo viviente en muchos hombres y mujeres santos. Soy sacerdote porque he visto al Señor en su Iglesia, al celebrar la Santa Cena o el Sacramento del Perdón, al escuchar su voz denunciando la injusticia, y al vivir el amor fraterno en la Comunidad de los creyentes. Una hermosa mujer me ha acompañado y me acompaña: es María, la venerada Madre del Señor.

Eso es todo. Mi vida no tiene grandes acontecimientos. He reído, he jugado, he peleado o estudiado como cualquier joven de cualquier ciudad. Lo que agradezco cada día es haberlo conocido a El, querer anunciarlo y tratar de amarlo. En eso vivo y eso me hace feliz.